



Un recorrido táctico: la ruta del anarquismo en Barcelona

Marcelo Expósito

La manera en que la industria turística explota los anhelos de vivir una vida verdadera, sustituye con un sucedáneo lo que históricamente ha sido el vehículo fundamental de vivencia y transmisión de experiencia: el viaje. “Cuando se sale de viaje, bien se puede contar algo” (Walter Benjamin, *El narrador*). Ese sucedáneo debe ser comprendido como un renovado instrumento de penetración, colonización, dominio cultural sobre las cosas y el mundo: comenzando por el propio mundo de vida del turista y su deseo de escapar de un futuro programado, para adentrarse en un territorio “desconocido” de utopía... no menos controlada. Lo que el relato turístico (de)muestra con datos objetivos (históricos, políticos, geográficos, etc.), constituye en realidad un efecto: el resultado de una serie de retóricas. En el proyecto *Tourisms of War (Turismos de guerra)*, la pareja de arquitectos/artistas Diller+Scofidio enfocaban, no sin sarcasmo, un lenguaje compartido por los tours contemporáneos y la invitación al alistamiento de los ejércitos modernos: el de la aventura. Un manual de la industria turística estadounidense puede incluir instrucciones a sus clientes sobre cómo actuar y protegerse en caso de verse envuelto en un atentado, conflicto armado o revolución, además de ofrecer indicaciones precisas sobre cómo construir un kit de viaje en todo similar al equipaje ligero y versátil de un soldado de infantería. El artista Ulises Carrión, por otros medios, llamó la atención sobre la ambigüedad del “efecto de realidad” de tales retóricas, cuando programó, para la ciudad de Arnhem en los Países Bajos, una ruta turística que documentaba, con total fidelidad, las trazas invisibles, reconocibles en escenarios banales, de la increíble historia de amor de una suerte de Romeo y Julieta locales.

La ruta del anarquismo del colectivo Turismo Táctico es lacónica: se trata de organizar una ruta por algunos de los lugares y momentos señeros del período clásico del movimiento libertario en Barcelona. ¿Cuál es la pertinencia de esa propuesta en una ciudad quintaesencial del turismo cultural? ¿Es factible reapropiarse de determinadas retóricas, ejemplificadas en la imagen concreta de una ruta turística, para impugnar la cultura y la historia instituidas, la ciudad simplificada en cartón piedra? ¿Para hacer sutilmente legible lo que, a pesar de todo, sigue siendo inaceptable para el orden presente? *La ruta del anarquismo* no puede ser comprendida sin tener en cuenta el diálogo que articula con ese fuera de campo: sus trazados sutiles se superponen, atraviesan, interfieren con los ampulosos recorridos preestablecidos en la ciudad que responde al “logo Barcelona”. Esta nueva ruta no se compone de grandes gestos; no jerarquiza entre datos históricos que cualquiera aceptaría como “relevantes” (grandes batallas, monumentos o edificios de postín), e indicios, trazas inciertas, historias de vida o anécdotas. No visita sino lugares por los que cualquiera transitaría cualquier día, sin poder leer nada especialmente reseñable en ellos (procediendo de forma similar a como el colectivo Ne Pas Plier organiza unos *Chemins de randonnée urbaine* que inducen a los niños y niñas a tener una nueva experiencia de su barrio, en uno de los “suburbios rojos” de la ciudad de París).

El primer centro obrero de Barcelona, establecido en 1865, se da la mano con el lugar donde fuera fusilado el President Companys, y nos recuerda que Jaime Fortuny, quien realizaba el servicio militar en el Castillo de Montjuich, fue detenido y condenado a ¡30 años! de cárcel por pasar al President, metido en un chusco, un papelito de ánimo a la espera de ser fusilado: "Catalunya és amb vosté".

Las historias heroicas de luchas y confrontación en la calle se trenzan, en la tradición libertaria, con las pequeñas historias invisibles, con los mimbres modestos pero firmes con que se construye una libertad que pulveriza las jerarquías, las exclusiones, las divisiones, en la vida cotidiana. El Hotel Ritz puede ser un comedor popular. Una cárcel de mujeres puede ser derruida por las manos aparentemente frágiles de dos de esas mujeres decididas, haciendo del antiguo patio penitenciario una plaza. El diseño táctico de *La ruta del anarquismo*, apropiándose de retóricas instituidas, revierte la conversión del pasado de una ciudad en un parque temático presente y sortea la fetichización de las historias de vida, tratando por el contrario, más que de programar y controlar, de sugerir y ofrecer la posibilidad de encuentros azarosos que revivan momentos, entre historias verdaderas y aquellas otras que, de puro alucinante, parezcan inventadas. Parece mentira hoy que una ciudad entera pudiera ser liberada y llevada adelante por el gobierno de unas gentes sin gobierno. Casi tanto como que en el Parque Güell, un día no tan lejano, hubiera una reunión multitudinaria en libertad que no fue de japoneses. Ello será explicado por un tour operador que hará entender de paso, tranquilamente, que el presente es siempre complejo en cada lugar concreto.